LA VERDAD

PERIÓDICO LIBREPENSADOR

Año I. | REDACCIÓN: MAGDALENA, 80, BAJO. | SE PUBLICA LOS SÁBADOS. FERROL, 26 de Agosto de 1899 | ADMINISTRACIÓN: MAGDALEMA 88 BAJO. | Núm. 3.

Lo civil y lo religioso

La sociedad presenta dos aspectos ó fisonomías esenciales que imprimen el carácter y determinan la cultura, civilización y progreso en relación con las potencias organizadas y reconocidas en el gran concurso universal; y por ello hay que observarla bajo las dos distintas fases.

Estos dos aspectos, ó mejor dicho, dos elementos, son el «civil» y el «religioso»: lo mundano y lo espiritual: lo corpóreo y lo incorpóreo: lo real y lo simbólico: lo que pura y exclusivamente pertenece al dominio y comercio de los hombres, y aquello que se refiere á regiones infinitas, desconocidas, vislumbradas únicamente «in mentis» á través de místicas leyendas; como á todo lo imaginario y etéreo.

Respecto del primero de dichos elementos, el «civil», no cabe duda alguna que es el absolutamente necesario para la vida de los pueblos; es la base de la organización social y la reguladora de los derechos y deberes de todos; pues todo ciudadano debe rendir tributo al elemento civil del que forma parte.

Es el elemento civil en el órden social, como el cuerpo en el órden físico-espiritual, ya que no puede existir alma desprovista de cuerpo, como no puede vivir sociedad, pueblo ó nación desprovista del elemento civil.

La nación es puramente civil en su organización, y por tanto, sin este elemento constitutivo de su esencia vital, claro está que desaparecería.

En cambio el elemento religioso, no es más que un cúmulo de sentimientos y creencias más ó menos erróneas, acerca de lo infinito, de lo inconcebible, de aquello que es completamente ajeno al bullicio mundanal, que lo rechaza, toda vez que el ejercicio de la religión, demanda recojimiento y misticismo.

Esto sentado, y admitido, hay que convenir que el elemento religioso debe vivir aislado de la vida real de los pueblos; debe alejarse del movimiento popular, no debe siquiera asomar á la vía pública, porque en ella se confundiría con lo terrenal, se rebajaría de tal suerte tan elevado Ministerio, que perdería la grandeza que le conceden los fieles creyentes; y desaparecerían la pureza y aquella aureola de espiritualismo que alcanza en la soledad, en la ermita en el templo católico y en las mezquitas y capillas evangélicas.

Desde el momento que la religión se confunde con lo mundano, desaparece el simbólico misticismo y recojimiento que debe preceder en todos sus actos, y pasa á formar parte de la sociedad ó elemento civil y sujeta está á todas las contingencias propias del bullicio y animación que informan la vida popular.

Entrado en la vía pública el ejercicio de las prácticas religiosas, no puede imponerse á los transeuntes, como no puede hacerlo una charanga callejera anunciando una novillada; todo lo que va al público tiene ó debe tener la misma consideración, sin privilegio ni prerrogativa de ninguna clase, pues de lo contrario vendría á darse una protección, á un elemento que podríamos llamar «intruso», á un elemento que, saliéndose, como vulgarmente se dice, de sus casillas, viene á invadir el terreno de propiedad ajena, é impropio para su ejercicio.

Cada cual debe circunscribirse á su esfera de acción y no traspasar los limetes que naturalmente le están señalados; de lo contrario expuesto está á caer en tremendo ridículo y en menospreciar lo mismo que pretende enaltecer.

¿Qué se diría de un comerciante que estableciese, como en la vía pública, su comercio dentro de un Templo religioso y pretendiese que los fieles le guardasen respeto y consideración? Pues se le tendría por loco ó indecente, y en uno y otro caso, cuando menos, se le expulsaría de aquel recinto por no ser el sitio designado para operaciones mercantiles ó comerciales.

De igual suerte, á nuestro entender, debieran ser tratados aquellos que trasladan á la plaza pública las prácticas religiosas, por ser aquel sitio destinado á operaciones mundanales y no á funciones místicas ó espirituales.

El templo, la mezquita y la capilla son la casa de Dios; la vía pública, la plaza, la rambla, el baile, el teatro, el café y el ateneo, son la casa del hombre. Cada cual, pues, debe ejercer sus funciones en su respectivo domicilio, sin que ninguno invada el del otro.

Partidarios acérrimos de la libertad, somos enemigos de la imposición. Al religioso las autoridades deben ampararle dentro de la Iglesia, al ciudadano fuera de ella.

Siluetas

Hay un embajador en Madrid que cobra 8.000 duros por España y tiene además casa amueblada.

Y ese es el Nuncio que no ha dado una peseta ante la situación porque atraviesa el país y ante los clamores de la opinión que pide economías.

La gente de sotana jamás hace sacrificios, para hacerlos el Nuncio.

Todavía demos gracias á Dios de que no pida algo más, que si lo hace, el Gobierno no se lo niega.

A los curas se les importa un ardite de las miserias y calamidades nacionales.

Al revés; las desean porque las muertes y desgracias, dan ocasión á funciones religiosas,

Y de estas sacan muy buen dinero.

—«O»—

El Lucense periódico carca de Lugo publica una exposición á la virgen pidiéndole ponga en libertad á los prisioneros de los tagalos.

Eso es el colmo de la influencia.

Y también es ganas de perder el tiempo.

Porque Aguinaldo no le hace caso á la virgen.

Todo lo más le contestará:

«Reina y señora de los cielos: para dar la libertad á los presos necesito siete millones de pesos.

Vuélvase y dígale al clero, que en vez de esquilmar al pueblo español, apropiándose del sudor del pobre contribuyente, vengan ellos por acá á traer el dinero que necesitamos.

Y entonces consiguen dos cosas: la libertad de los presos y quedarse esa *clericalla* aquí entre nosotros, que de veras la apreciamos mucho.»

—«O»—

Un fraile se despotricó en una iglesia de Guadalajara contra los liberales.

Por ahí iba bien; pero tuvo la debilidad de increpar también á las instituciones, y enseguida fué llamado al orden.

¡Pero; bien descontentadizo es ese fraile!

¿Todavía ataca á las instituciones, cuando gracias á ellas está invadida España de toda la clase de gandules que se visten por la cabeza?

¿Todavía quieren más?

¡Cuanta ingratitud demuestran los frailes de esa calaña!

Hagan lo mismo que los jesuitas.

Esos sí que lo entienden.

—«O»—

En la Coruña se ha colocado la primer piedra de una capilla para los jesuitas.

Esos vividores tienen dinero para eso, en cambio no tienen un céntimo para socorrer al desvalido.

Lástima grande que al terminarse ese edificio no se derrumbara.

Aunque mejor fuera que el pueblo se opusiese á la construcción de esas casas, que se dicen ser sitios de adoración á Dios y no son más que recreos de *cayos*.

—«O»—

¡Cuanta hipocresía y cuanta farsa!

El marqués de Comillas se negó á dar pasaje *gratis* á dos comisionados que la Asociación de las familias de los presos en Filipinas, de Valencia, designara para ir al Archipiélago á solicitar de Aguinaldo la libertad de aquellos infelices.

Fuera una piara de frailes ya la Trasatlántica procuraría tener sitio para ellos.

Ni la caridad les conmuevo á esos hipócritas jesuitas.

¿Qué les importan los sufrimientos de los tagalos? Nada.

Cuanto tarda una violenta revolución que haga bailar á esos innumerables vividores, que se enriquecieron conduciendo las tropas al matadero y ahora no quieren sacrificarse en un céntimo, en beneficio de los que están presos.

La Confesión

De todas las infamias cometidas por las religiones, antiguas y modernas, ninguna iguala á la confesión, establecida por la Iglesia católica. ¿En que cabeza bien organizada cabe el absurdo de que un hombre pueda absolver á otro de los crímenes que éste haya cometido contra su prójimo y contra su Criador? El ofendido es el que ha de perdonar y no un supuesto apoderado.

La confesión se funda en un texto oscuro y enigmático de un evangelista sólo; Evangelio que estuvo en manos de la iglesia por siglos. Los otros tres evangelistas nada dicen de semejante disparate, si mal no recordamos. En los primeros siglos de la Iglesia no existió tal confesión auricular: fué inventada cuando el catolicismo quiso dominar social y políticamente. Por este medio la gerarquía eclesiástica sabe lo que pasa en el seno de la familia, donde ningún intruso se atreve á penetrar; el confesor se introduce en lo sagrado del lecho nupcial, en el de la virgen inocente, y va aún más allá; penetra en el pensamiento que atraviesa por la mente. Exige que el penitente arrodillado á sus pies, le presente abierto de par en par su corazón, que le deje registrar su memoria, no importa que el penitente sea un hombre, una mujer virtuosa ó una virgen inocente. Para aquel hombre que se sienta en el Santo Tribunal de la Penitencia, en representación de Dios, no hay nada sagrado, todo lo ha de palpar con su torpe mano, temblorosa tal vez por efectos de la crápula; todo



lo ha de empañar con su aliento, saturado muchas veces con los vapores de la orgía.

¿Hay algo que más degrade á un hombre que arrodillarse á los piés de otro? ¿Hay algo más profano que examinar el pensamiento que cruza más rápido que el relámpago por la mente de la niña inocente?

Hay alguna pretensión más sacrilega que pretender un hombre, corrompido y desmoralizado en muchos casos, colocarse en lugar de Dios y pretender perdonar las ofensas á Este y á los hombres? Si la Eterna Justicia delegara en un clérigo la facultad de perdonar nuestras faltas, lo despreciaríamos.

Cada hombre está en comunicación tan directa con Dios como el Papa. El que se mete entre la criatura y el criador es un intruso, que humilla al hombre y ofende á la Divinidad. Los mismos que confiesan no faculían á nadie para recibir por ellos satisfacciones de las que les han ofendido.

¿Cómo pudiera hacerlo un Dios-Justicia?

La confesión es inmoral, degradante, sacrilega.

Si los gobiernos obratan con sentido comun, exigirian á esos supuestos apoderados de Dios las correspondientes credenciales; poderes que tuvieran valor en un tribunal de justicia. Y como ninguno de esos impostores es capaz de presentar la más mínima prueba, el gobernante está en el deber de prohibir á estos industriales el ejercicio de su profesión.

La creencia de que un clérigo puede perdonar todos los pecados «aunque éstos sean más numerosos que las estrellas del cielo y las arenas del mar,» es lo más desmoralizador que se conoce. ¿Equivale á licenciar el crimen. Y esta es la causa porque en los paises católicos hay tanta desmoralización. El acto de contricción es una mentira. Personas hay que se confiesan todas las semanas. Esto prueba que el arrepentimiento fué momentáneo.

Digámosle bien claro, el hombre que sólo Dios y su prójimo pueden perdonarle las ofensas que les haga; hagámosle verque toda transgresión ha de ser reparada y todo crimen castigado, y que ningún tercero puede perdonar.

La Iglesia católica enseña que sin la confesión no pueden perdonarse los pecados; esto es, que sólo ella tiene las llaves del cielo. De aquí se deduce que la gran mayoría de la humanidad se condena; que se condenaron todos los que vivieron antes de que se inventase la confesión, todos los que pertenecen á otros religiones y aún una gran parte de los que viven en paises católicos, porque só amente los ignorantes se confiesan.

¡Habráse visto mayor absurdo!

Si esa risible é insultante confesión era necesaria para el perdón de los pecados ¿porqué no se lo dijo Dios clara y terminantemente á cada uno de los hombres?

La misma Iglesia católica se ve forzada á confesar que á falta de sacerdotes basta un acto de contrición ¿Y de dónde consta que este no sea suficiente siempre? ¿En qué parte dijo Dios que teniendo á mano un clérigo no bastaba la contrición?

El absurdo católico se demuestra aun más claramente si cabe con un caso que sucede con frecuencia. Un hombre honrado es asesinado tan repentinamente que ni él lo sabe. Ha cometido un pecado mortal que no confesó á un clérigo, y va al infierno por toda la eternidad. Al ver el asesino lo que el asesinato le cuesta, está por demás decir que se arrepiente del hecho desde el fondo de su alma. Este hombre va derecho al Paraiso á gozar eternamente de todas las bienaventuranzas.

Tal es la doctrina católica.

Al considerar que á fines del siglo XIX tenemos que combatir semejantes aberraciones, tentados estamos á romper la pluma.

Enseñanza clerical

No culpo tanto á los que luchan por sostener ideas añojas, viejas supérticiones y propagan la ignorancia y el fanatismo á fin de vivir á costa de la imbecilidad, como á los padres con barniz liberal y baño de cultura, que sus hijos llevan á esos centros clericales de pretendida enseñanza, en los que frailucos estólidos, ó jesuitas truhanes, fuerzan los sentimientos naturales; descoyuntan las conciencias y preparan las generaciones á la esclavitud moral y material que degrada y envilece.

La mogigatería propagada por el actual régimen, ahogando los gérmenes emancipadores de la revolución del 68, ha convertido este país en inmenso Cenobio; la política, la administración y sobre, todo la esseñanza, hallanse intervenidas por el solideo, grandes vergüenzas triadas sobre la patria por tan teocrático sistema no han bastado para abrir los ojos de los espíritus narcotizados por la supertición y la rutina; el mal parece incurable si una revolución radical no corta los miembros gangrenados.

«¡Religión, religión!» gritan los neos: ¡enseñanza religiosa! gritan los ultramontanos, y en sus explicaciones hacen de la religión un embrollo y de la enseñanza religiosa un galimatías endemoniado. Cuando la enseñanza religiosa está compendiada en estas palabras de Jesús: «Ama á Dios y al prójimo como á ti mismo.»

Más, eso no basta á la secta negra: hay que involucrar, embrutecer y degradar, hay que hacer de la humanidad una piara de esclavos explotables en nombre de la religión.

Esa secta negra que se dice fiel guardadora de luz, es la que azotó á Prinelli porque dijo que los astros no caerían; la que atormentó á Campanelle por enseñar la pluralidad de mundos; la que persiguió á Hervey por demostrar la circulación de la sangre, la que atormentó á Galileo, la que aprisionó á Colón, la que ha quemado y desautorizado millares de sabios de los tiempos antiguos, en nombre de Cristo, y la que hoy maldice y persigue en nuestra patria á catedráticos ilustres que no quieren ser comparsas de es canalla, ni se prestan á embrutecer las inteligencias con cuentos ni estúpidas fábulas.

¡Enseñanza! ¿Qué enseñarán esos hombres corroidos por la ambición de poder y de riquezas?

Con razón les decía Víctor Hugo: «¿Queréis que os demos el pueblo para instruirlo? Muy bién; veamos vuestros discipulos. Veamos aquellos que habéis formado. ¿Qué habéis hecho por Italia? ¿Qué habéis hecho por España? Durante centurias habeis conservado en vuestras manos y bajo vuestra dirección á estas dos naciones ilustres entre las ilustres. ¿Qué habéis hecho por ellas? Yo os lo diré: Gracias á vosotros, Italia, cuyo nombre no puede ser pronunciado por ningún hombre que piense sin inexpresables emociones filiales, Italia madre de genios y de naciones, que ha derramado sobre todo el universo las más brillantes maravillas de la poesía y de las artes, Italia que ha enseñado á la especie humana á leer, no sabe leer!

¡España!, la magnificamente dotada España que recibió de los romanos su primera civilización de los arabes su segunda civilización, de la Providencia y apesar vuestro, recibió un mundo: América, España os debe un yugo de estupor, que es un yugo de degradación y decadencia. España ha perdido ese poder secreto que recibió de los romanos; ese genio del Arte que recibió de los árabes, ese mundo que recibió de Dios, y, en cambio de todo lo que le habéis hecho perder, ha recibido de vosotros ¡la inquisición... La inquisición que tratáis de restablecer; que ha quemado en la fúnebre pira millones de hombres, la inquisición que desenterraba los muertos para quemarlos como hereges; que declaró infame á los hijos de los heréticos, excepción hecha solo de aquellos que hubiesen denunciado á sus padres.

¡Tales son vuestras maestras. Ese fuego que llamamos Italia ha sido extinguido por vosotros. Ese coloso que se llama España ha sido minado por vosotros: habéis reducido el uno á cenizas, y el otro á ruinas. Esto es lo que habéis hecho por dos grandes naciones.

Ruina, desolación, miserias, eso es lo que unicamente puede producir el clericalismo. Abdicación del derecho humano, paralisis de las almas, atrofiamiento de las facultades más nobles, hipocresía y servilismo, frutos fatales del arbol funesto que extiende sus raices por doquier y se nutre del sacerdocio de la India, de Egipto, de Persia, del politeismo, de todas las ideas absorventes menos de las purísimas del Cristo.

Dominación de las almas para conseguir la dominación de los cuerpos, hé ahí el sistema que siguen, hé ahí lo que se proponen con esos centros de enseñanza que los imbéciles, los vividores y los hipócritas llenan con sus hijos, condenados por sus padres á la esclavitud en nombre de la religión y la moral.

¡Y aún se habla en este país de regeneración...!

G. G.

El Egoista

Entre los delitos no castigados por la ley, ninguno nos parece más despreciable que el egoismo.

El hombre que no piensa más que en sí; el que nada hace por sus semejantes, es un ser perjudicial y la sociedad debiera más bién alegrarse que entristecerse cuando lo ve desaparecer. Cuando su sepultura se cierra; se cierra un vorágine.

Si el egoismo fuera general la sociedad se aniquilaría. Por fortuna de la humanidad produce en abundancia seres en que rebosa la generosidad; el heroismo está repartido entre los hombres como las semillas y gérmenes de vida en la naturaleza.

Así como éstos, muertos al parecer durante la estación infernal, brotan en la primera, así también brota el heroismo cuando el calor de la ocasión lo hace fermentar. Véis un pueblo oprimido; la vida activa parece extinta en él. Un hombre se cansa—la cuerda que sugetaba el arco del sufrimiento se rompe—, y lanza el grito de rebelión. El egoista dice: —Esperamos el resultado; no nos espongamos: los beneficios que ellos consigan serán para nosotros también; si salen mal á nosotros no nos castigarán.

Los hombres generosos convencidos de la justicia de la rebelión, secundan el grito y se lanzan como flechas disparadas.

¿A dónde irán á parar?

¿Fracasarán en su intento? ¿Penetrará el proyectil en el casco del adversario, ó volverá de rechazo y los matará á ellos? ¿Que ganarán si salen triunfantes y que perderán si son vencidos?

En nada de esto piensan. Quieren mejorar su suerte y la de sus semejantes. Eso es todo. Las probabilidades son de que perderán la vida. No les importa. Sus semejantes obtendrán el premio.

Es á esos hombres á quienes la humanidad debe sus progresos en todos los ramos. Sin esos mártires de la humanidad, dificil se nos hace imaginar cual sería hoy nuestro estado. Cada adelanto ha sido comprado con miserias, persecuciones y suplicios.

Examinad todos los ramos de la ciencia, contemplad cuanta sangre ha costado al hombre arrancar sus derechos de manos de los tiranos; examinad cuanto ha tenido que luchar la civilización para elevar á la humanidad sobre las superticiones é ignorancia en que las religiones la habian sumido; comparad si os atrevéis esos dogmas bárbaros del Antiguo Testamento con las humanitarias enseñanzas de la civilización actual, comparad la sociedad primitiva con la de hoy, y decidnos luego quien es más que los hombres generosos, los héroes, han llevado á cabo un cambio tan radical. Ved hoy esos apostóles del progreso trabajando para las generaciones venideras y recibiendo en recompensa insultos, calumnias, odio y hásta persecuciones de parte de esos abortos de la humanidad que por el plato de lentejas ó los treinta dineros venderán á todos sus semejantes.

Si hubiera un juicio final lo primero que la Eterna Justicia preguntaría al que se presentase, sería:

¿Qué has hecho por tus hermanos?

La contestación de muchos no podría por menos de ser esta, á no ser que allí también mintiesen:

—Sacarles todo el dinero que pude sin reparar en los medios.

¿No véis algo grande en el anciano padre que se desvela, y sacrifica por el hijo que sabe no ha de pagarle nunca los sacrificios? ¿No véis algo sublime en el que reparte sus riquezas entre los necesitados? ¿No veis heroismo en el pobre que socorre á otro pobre? ¿No sentís profundo respeto hacia el hombre que gasta su dinero y su existencia por encontrar un remedio ó á lo menos un alivio para las enfermedades? ¿No os parece un martir el que sacrifica su bienestar para mejorar la condición social de sus hermanos? ¿No os parece un héroe el que arriesga su existencia para conquistaros el santo bien de la libertad ¿No os sentis inclinados á imitar esos hombres y á despreciar á los que sólo piensan en sí y en sus intereses? ¿Concebís algo más despreciable que esos seres sin amor más que para sí mismos? El hombre que no hace nada por los demás no es más que un ladrón, con la diferencia de que este se contenta con lo poco que necesita para llenar sus reducidas necesidades y deja todo lo que le sobra, mientras que el egoista quisiera tragárselo todo si pudiera, aunque todos sus semejantes pereciesen. Es el egoista un ente perjudicial que los hombres deben castigar con el desprecio: es un ladrón pronto á recojer la cosecha que otros han sembrado y cuidado; es el ser más despreciable de la creación.

Clerigadas

Amigo de hacer favores, lo es, pero mucho, el capellan del Hospital de marina.

Atento, servicial consecuente y hasta galante le tienen ustedes con las *hermanas de la caridad* que prestan sus servicios en aquel benéfico establecimiento.

No las deja á las pobrecitas un momento solas: las acompaña á todos lados.

A todos lados ¡eh! fíjense ustedes y no sean mal pensados.

El bueno del *padre* es tan compasivo que si hasta á alguna le llegase á doler algo, era capaz de darle unas *frieguecitas*.

Y decimos esto, porque si tienen que ir á algún sitio de noche y á oscuras, porque no tengan miedo las acompaña, llevando él la vela en la mano para alumbrarse, á fin de no tropezar.

Así que las pobres están con él tan contentas, que se molestan cuando lo apartan de entre ellas.

Siga, siga ese curita siendo tan caritativo, que con eso goza de las delicias terrestres.

Y sepa que nosotros le tenemos envidia, porque también somos *galantes* y nos gusta servir al sexo debil.

¡Ay! Quien fuera capellán del hospital de Marina.

—

Hasta ahora no nos contestó el cura de Serantes.

Esperamos otra semana, á ver si acepta nuestro reto.

Si continúa haciendose el sordo ya le diremos algo.

Entonces si que ha de saber lo que es lo bueno.

Y como hacemos bailar al son de nuestra música, que es muy agradable, á los curas fanfarrones y que tienen afán de ser sabios.

Para que no tenga disculpa, mandarémosle tambien un ejemplar de este número y otro del pasado.

—

¿No hay un bando sobre la blasfemia?

Si ¡eh! Pues entonces, señor alcalde, avise usted á la guardia municipal, para que conduzca á la prevencion á un cura de la armada, gordo, bajo y de lentes, cuyo nombre sentimos no saber, pero que se sienta con frecuencia por por las noches en la plaza de Amboaje, y el *cual páter* tiene tan mala lengua que deja atrás al pillo de playa más rebotado.

Una de estas últimas noches, por nada da origen á un escándalo, pues blasfemaba tanto, hablando con una mujer, que otra, que pasó por allí, no pudo por menos que exclamar.

¡Valiente padre de almas!

Frases que por poco le cuestan unos sopapos, pues el cura se volvió airado contra ella y como huyese, la regaló un ramo de flores, que ni salido de la boca del hombre más indecente.

Por lo tanto, señor alcalde, urge que se procure detener á esa *pécora*, para ponerle un bozal.

—

Es atróz la *clerecalla*.

El domingo último fueron tres *pájaros* de esos en un entierro.

Como se dispusiera la salida del cadáver para las once y ya pasaban dos minutos, los pobrecitos mandaron un aviso á la familia, diciendo que estaban cansados.

Y efectivamente, tanto era el cansancio, que al ir para el cementerio y al volver iban casi á la carrera.

Enterámonos de los móviles que les obligaban á correr tanto y ¡oh dolor! era que se acercaban las doce y uno de ellos no quería retrasar un minuto el momento de engullir la comida.

¡Bien por eso sa *cerdo* te!

Debe ser un gastrónomo de primera; y debe cuidar bien de su cuerpo.

Pero ahora me ocurre preguntar.

¿Cumplieron esos curas con su deber? ¿Es primero llenar la barriga que atender al sepelio de un cadáver? De ningún modo.

Faltaron á su deber y no es primero llenar la bariga; máxime cuando se les pagaba por ir en el entierro.

Pero poco les importa todo á esos *zánganos clericales*: acostumbrados á proceder á su antojo, se rien de aquel que les habla de su mal proceder y se burlan de los compromisos que contraen.

Y es que á esa gente solo se le hace andar derecho, á estilo de burro: zurrándola y de firme.

De ahí que seamos nosotros de los que piensan que á los curas, vagos y zopencos se les aliñen con unas *buenas caricias*.

Y hemos concluido.

—

¡Vaya con el cura!

El otro día un *ministro del Señor*, debia de ir rabioso, por la picazón de de las pulgas.

Y decimos esto, porque con paso muy apurado bajaba por la calle de San Isidro; más al llegar á la calle del Sol se para de repente, levanta los manteos, ¡remanga los pantalones y empieza á mirarse las pulgas y matar las que cogia con un furor endemoniado, pronunciando al mismo tiempo una porción de palabras indecorosas.

Unos chicos que tal vieron empezaron á reirse y entonces el *páter* quiso castigarlos pero ellos huyeron y empezaron a insultarlo, hasta que se marchó por la calle del Sol.

El cura ese, debe pasar las de Cain por cu pa de la falta de limpieza, á juzgar por un trapo que le cayó del bolsillo y de suyo quería escaparse al río.

Trasladamos estos datos á los párrocos de la localidad, para que paseu á los curas que tienen asignados á sus respectivas parroquias, una circular, recomendándoles la limpieza, en bien de si propios y de la higiene pública.

No vaya á ser que por sucios, sean los culpables de que nos haga una visita la *peste bubónica*.

Noticias

Dicen de Castellón que el Obispo de Tortosa ha escrito y publicado una carta pastoral sobre la cuestión de las placas del Corazón de Jesús, en la cual rechazaba el calificativo de *colisión* que se aplicó á lo ocurrido con aquel motivo, pues dice que solo fueron apaleados los católicos.

Alienta á los fieles á que insistan en su obra de católicos, y termina diciendo que presiente días de luto en Castellón si por las autoridades no se reprimen con mano firme los atropellos cometidos contra la religión.

Lo que no dice es si en esos días de luto serán las víctimas los *fanáticos* católicos, como es de presumir, porque los librepensadores, según noticias, están dispuestos á hacer un escarmiento.

¡Quién fuera vecino de Castellón!

—

El alcade de Vilanaut—Cataluña—al celebrarse la fiesta mayor el día 15 del actual, ordenó que se retirasen tres ó cuatro banderas francesas que junto con otras de españolas eran llevadas frente de una de las orquestas que recorrían las calles de la población, por algunos de los individuos que la acompañaban.

También parece que el citado alcalde prohibió el día siguiente por la tarde, que por la referida orquesta se tocaran sardanas en la Plaza, hasta después de haberse rezado el rosario en la iglesia.

Nada, que el Alcalde del pueblo de Vilanant da prueba de ser *buen español*, un rancio católico, y un aprovechable lacayo al servicio del rey de las húngaras.

—

El príncipe Chige, funcionario del Vaticano, ha sido procesado por el delito de robo.

Se le acusa de haber vendido antigüedades artísticas de los museos vaticanos á un millonario yanki.

Es sabido que toda la gente que se arrima á la Iglesia, adquiere malas mañas.

Reconociendo eso, presumimos que los jueces, absolverán á ese príncipe, fundados en que de no ser así habia que absolver á muchos de los que depender del Vaticano.

—

En el convento de Ursulinas de Siguenza ha caido una chispa eléctrica incendiando la torre.

El fuego pudo ser extinguido después de cuatro horas, gracias á los esfuerzos del vecindario.

En la redacción de este semanario no ha ocurrido novedad alguna.

Por eso vale más ser hereje que católico, que así se libra uno de los rayos.

—

Días pasados descargó en Pomarao, Portugal, un vapor inglés gran cantidad de fusiles.

Como de ser esas armas para el gobierno portugués se habiesen descargado en Lisboa ó en Villa Real, la gente se ha dado en pensar que bien pudiera ser un alijo de armas para el carlismo, armas que poco á poco pudieran introducirse por la frontera para que el sinvergüenza de Carlos Chapa, provocara de nuevo la guerra civil.

Imp. «La Constancia» Magdalena, 88, bajo.

Papas han hecho un misterio de acciones vergonzosas de la corte de Roma. Mateo Paris trae una carta del Papa Honorio III, en la que se hallan estas palabras. «El amor del oro ha sido en todos tiempos el escándalo y oprobio de la Santa-Sede: aquel que no pueda dar dinero ni hacer regalos nada consigue en Roma.» Eneas Silvius, que fué Papa bajo el nombre de Pio II, se espresa de este modo: «La Corte de Roma lo concede todo al dinero; vende el Espíritu-Santo, los sagrados órdenes, y los sacramentos; perdona todos los delitos á los que tienen con que pagar la absolución.» Y añade este prudente consejo: «guarda tu oro para los usos que te acomode, como no sea para comprar perpones».

Los más fríos escritores se inflaman al tratar esta materia. Cuando Conrad, abad de Uspero, ataca los espantosos desórdenes de la silla apostólica, parece que lo ha inspirado. «Regocíjate, dice, ¡oh Vaticano», los tesoros están abiertos para tí, saca de ellos cuanto quieras. Complácete en los crímenes de los hijos de los hombres, pues que te son de tanta utilidad; tus riquezas se fundan en sus desórdenes é iniquidades; siembra

entre ellos la discordia, pues te vale montones de oro.»

«Alégrate, entona cánticos de alegría; el género humano se somete á tus leyes. Las infames inclinaciones, la depravación del corazón, y no la piedad, ni la religión son las que le han hecho caer en tus redes. Sabe si te sirve, que puede cometer todo género de crímenes, porque conseguirá la absolución por poco dinero que te lo traiga, y tu le abrirás las puertas del cielo ¿Pero qué es lo que digo? Tu lo venderás hasta al mismo Jesucristo.»

El prior de Carmelitas Bautista de Mantua, se ha atrevido á servirse de un lenguage semejante: Todo es venal en Roma, dice, templos, sacerdotes, altares, sacrificios, inciensos, oraciones, el cielo, y aun el mismo Dios...

¿Que nos queda que decir? Roma deshonra cuanto toca, y vende cuanto se le pide. El pobre en su muerte, queda abandonado; no es participe de las oraciones de la iglesia, y el sacerdote á quien no se paga, prefiere no acercarse al altar ántes que decir misa por los que nada dejan.

Podría creerse que en siglos más ilustrados ha suprimido la corte de Roma las tasas im-

puestas sobre los crímenes, licencias y cosas santas; mas no lo ha hecho. Y si están ya olvidados, por el escándalo que han causado largo tiempo, algunos de los horrores, que se verán en este libro; si no se ha conservado ostensiblemente el precio del adulterio, de la fuerza, del incesto, de la sodomía, del parricidio, etc, tal vez se mantiene todavía secretamente, como esperamos manifestarlo más tarde. Y á lo ménos, aun se compran á dinero de contado la mayor parte de dispensas, los sacramentos, y el perdón de ciertos crímenes: no se puede comer carne de cuaresma, casarse con una prima, ser enterrado, ni casarse un protestante con una católica sin contribuir con sumas de dinero á la caja del Papa.

Lo que principalmente nos ha determinado á publicar esta obra, ha sido su singularidad, el ver que los que la han compuesto y los que la siguen, se glorian de no trabajar sinó para Dios: el ser de toda necesidad el manifestar las pretensiones de la Santa-Sede en un momento en que nos propone un concordato, que ha irritado á todos los buenos; y finalmente el que el libro de la tarifa de la cancillería romana es tan raro, que es imposible el proporcionárselo.

Juan XXII dejó por su muerte veinticinco millones en oro. Los soberanos todos de Europa no hubieran podido reunir en aquella época igual cantidad.

Tampoco disimuló el célebre teólogo Claudio de Espence la indignación que le inspiraba la vergonzosa avaricia de la Santa-Sede «cuando no se aspira á otra cosa que á hacer dinero, todo se tiene por lícito. No hay género de maldad cuya dispensa no se conceda en Roma, así que se entrega su precio, como si el mayor de los crímenes fuera el ser pobre.. . ¡Qué infamia! añade el mismo; permiten mediante un tributo anual, que tengan concubina las clérigos, y que vivan con mujeres, que les han dado sucesión... ¡Y aun en ciertos lugares están obligados los clérigos castos á pagar el mismo tributo, que pagan los que tienen concubinas. Si no fuera esta una cosa tan pública y conocida de todos, se podría decir que se han inventado estos cargos para hacer á los Papas odiosos.

San Bernardo, amigo sincero de los Papas, les echa tambien en cara su simonía y avaricia.

Si citásemos á los Hugonotes, podrían acusarnos de parcialidad; pero ni aun los mismos